

La carta le había llegado a Germán junto con otros documentos, periódicos, libros y grabados de finales del siglo diecinueve, remitidos por su amigo Ernesto Arosemena, anticuario de Ciudad de Panamá. El paquete lo recibió un martes en la tarde, pero sólo lo abrió el viernes, cuando Arosemena lo llamó para decirle que había cometido una equivocación y le pedía que se lo devolviera, algo poco normal en él y que puso a Germán en alerta. Arosemena era un viejo zorro y lo que ahora llamaba una equivocación no podía ser otra cosa que un hallazgo o una información inesperada, de última hora, que lo obligaba a dar marcha atrás a su compromiso.

Germán, a pesar de que apenas eran las diez de la mañana, colocó el aviso de “cerrado” en la puerta del negocio, colocó el paquete sobre el escritorio y con una daga de marfil, que tenía una figurita de la diosa Shiva labrada en el mango, cortó el cordel y lo abrió. Revisó el material y, dentro de un libro sobre hipnotismo de J. M. Charcot con la firma de Sigmund Freud, encontró un sobre sin lacrar.

Aunque amarillento, estaba en buenas condiciones y constaba de varios pliegos escritos en francés. Fechada el 21 de junio de 1887 en Ciudad de Panamá, la misiva estaba dirigida a Mademoiselle Madeleine Bernard en París por un tal Charles Laval. La carta no había sido enviada a su destinataria, quién sabe por qué razones.

Que Germán no supiera francés era una dificultad que le impedía darse cuenta de qué era lo que su amigo, disfrazando mal la ansiedad, había dejado pasar. Ni Laval ni Bernard eran apellidos que le dijeran algo. Por la fecha deducía que había sido escrita en los días en que se construía el Canal y los franceses de toda condición iban y venían. ¿Qué era entonces lo que había allí tan valioso y tenía tan apurado a su colega Arosemena?

Germán llamó a su amigo Miguel Escobar y, sin hacerle mención de la carta, lo invitó a almorzar al restaurante La Provincia en El Poblado. Investigador, filatelista y lector de las profecías de Nostradamus, Escobar hablaba correctamente el francés, fruto de una larga temporada en París dedicado a indagar cuanta historia menuda guardan sus lugares, monumentos y personajes, mientras asistía además a los cursos de filosofía que Roland Barthes dictaba en El Colegio de Francia.

Un viajero constante

Elkin
Restrepo

Sólo al final, cuando saboreaban el café, Germán le extendió la carta, pidiéndole que se la tradujera.

Escobar le echó una ojeada rápida y, bromeando, le dijo que necesitaba tiempo para traducirla, al menos dos invitaciones más. Por lo que advertía, su autor le contaba a la corresponsal acerca de un amigo común, que unos días antes había zarpado, enfermo de disentería, hacia Saint-Pierre, en la isla Martinica. Si le permitía llevársela, más tarde le entregaría una versión escrita.

Esa noche, Germán recibió una llamada de Escobar, que éste no pudo responder porque se encontraba en una subasta de objetos y miniaturas de la época de la Independencia, entre ellas una de el Libertador realizada por el pintor Espinosa, contemporáneo del héroe, en la que estaba interesado.

Al escuchar el mensaje en el contestador, aunque era más de medianoche, Germán no dudó en llamarlo.

Escobar dormía, pero fue comedido y le dio las primeras noticias. La carta, le dijo, tenía apartes difíciles de leer porque su autor, bastante descuidado en el arte de la escritura, parecía un bachiller de los nuestros, redactaba sin mucho rigor gramatical y, con frecuencia, incluso, contraía las palabras, dificultando la labor. Contaba acerca de lo que le había sucedido a su amigo Paul en Panamá, quien al no resistir los males del trópico, se había visto obligado a renunciar a su interés de comprar una isla en tierras tropicales y regresar a París.

Hablaba también del viaje de ambos a ciudad de Panamá, atraídos por el ofrecimiento de un cuñado de Paul, próspero comerciante colombiano, casado con su hermana Marie, que le proponía la forma de hacerse ricos pintando los retratos de los personajes de la clase alta de la capital.

Un detalle lo había sorprendido. Laval, en dos o tres ocasiones, en lugar de Paul, escribe Gaug., algo que a él le creó un interrogante. ¿El amigo de quien allí hablaba era Paul Gauguin? Hasta donde él conocía, el pintor, cuya abuela, la famosa feminista Flora Tristán, descendiente de un virrey del Perú, vivió de niño en Lima, incluso viajó a Río y Santiago de Chile, pero le sorprendía que ahora apareciera vinculado a Panamá, algo de lo cual Escobar carecía de noticias.

A primera hora, le devolvería la carta y le entregaría la versión que había hecho de ella, a perfeccionar por supuesto. Pero Germán, aún más intrigado y pensando en el valor del documento, veinte minutos después estaba tocando a la puerta de la casa de éste.

La versión, escrita a mano en pequeñas cartulinas de colores, que Miguel Escobar le entregó, fue la siguiente:

“Ciudad de Panamá, a 21 de junio de 1887.

Mi muy amada Madeleine:

Paul zarpó a las once de la mañana en el barco L'Aurore, camino a La Martinica. Hasta el puerto fuimos a acompañarlo Marie, su hermana, su cuñado Juan Uribe y yo, todavía con algo de aprensión porque su salud seguía siendo mala y ya no era aquel varón fuerte y robusto que llegó al istmo en abril.

El capitán nos permitió subir a bordo y acomodarlo en la litera. Paul estaba demacrado y quizás deliraba todavía porque, aferrado a la mano de Marie, le

hablaba de aquella isla deshabitada, cubierta de vegetación y frutos carnosos, que había visitado en algunas ocasiones y que no había podido adquirir. La llamaba Tobago en lugar de Taboga, que es su nombre nativo, y le hería que el salvaje que había en él, descendiente de los incas, tuviera que regresarse sin el edén vislumbrado y sin todavía ofrecerle un verdadero tema a su pintura, la que anhela, por supuesto, muy diferente a la que hoy es moda y convencionalismo en la decadente París.

Y, lo decía, con esa mirada altiva, que es patrimonio suyo, quizás pensando que también fuéramos responsables de su fracaso. Gau., lo conoces, no pierde su espíritu airado y su mal carácter ni muriéndose.

Paul y yo arribamos a Colombia el 10 de abril, después de atravesar un encabritado Atlántico, que nos volteó las tripas y nos puso a dudar sobre la sensatez de semejante viaje. Una vez instalados en la ciudad, tan poco atractiva como un villorrio africano, Uribe nos presentó a la gente de su círculo: comerciantes que hacían fortuna en el negocio de las mercancías, el tabaco, los licores y el abastecimiento de los grandes almacenes del Canal, para que realizáramos nuestro trabajo y tener así con que vivir.

Desde un principio, para desencanto de su pariente, Paul no mostró interés alguno en el asunto, pese a que era una tarea bien recompensada. En su cabeza daba vuelta a otras cosas, tan poco prácticas y descabelladas como sólo a él se le ocurren. Si había venido a las Indias Occidentales, no era para hacerse rico; a otros demonios más fieros, decía, le había vendido el alma.

Cuando no permanecía en el hotel —una incómoda y sofocante construcción de ladrillos y madera, plagada de bichos de todo tipo, cuyo único atractivo era su dueña, una mulata sensual y charlatana, que no tenía escrúpulos en prodigarse en servicios extras a sus clientes, y quien por cierto fue la primera que le habló de la isla Taboga—, Paul se iba al mercado público cerca del muelle a saborear los frutos de estas tierras y a mirar el zoológico de bestias salvajes que allí se exhiben para la venta. Una vez regresó con una boa que, como si se tratara de una inofensiva mascota, metió en la habitación y luego tuvo que arrojar a un caño trasero, cuando la dueña lo amenazó con cortarle la cabeza con un machete. Tengo que decirte que Paul evitaba cualquier contacto con sus compatriotas, trabajadores todos en el Canal, cuyo patriotismo despreciaba, prefiriendo la compañía de los nativos, que es como tener amistad con los monos y chimpancés de la selva.

De Marie, su hermana, aceptaba muy pocas cosas, a veces una botella de ron de caña, una invitación a comer o un paseo juntos por la playa al atardecer, pero nunca dinero.

A diferencia suya —en la vida hay que ser prácticos—, pronto inicié mi trabajo de retratista, con varios clientes que visitaba en sus mansiones caribeñas, lo que me alivió de preocupaciones inmediatas, pudiendo incluso ahorrar un poco. Mientras tanto, tan imprevisible en sus actos como siempre, Paul aceptó engancharse como peón de excavación en el Canal, cumpliendo jornadas que

empezaban a las cinco de la mañana y terminaban a las nueve de la noche, excesivas aun para un hombre de su carácter y fortaleza. Allí trabajó dos semanas, hasta que, como tantos otros que hoy se cuentan ya por miles, enfermó de disentería, una temible parca caribeña.

Pobre y enfermo, vio entonces como su ilusión de comprar la isla de Taboga, a la que por cierto el vendedor entre tanto le había aumentado el precio, se tornaba cada vez más un imposible. Escapar del evangelio civilizador en busca de la gracia de la vida primitiva, no le iba a ser sencillo.

Las últimas semanas no fueron nada buenas. Había enflaquecido excesivamente y pasaba las horas en una duermevela de la que a veces volvía pronunciando palabras en quechua o llamando a Aline, su pequeña hija. Horas también en las que, ganado por el delirio, decía ser Cristo y afirmaba que sus padecimientos tenían que ver con la redención de los hombres. Vivía esa obsesión, y daba lástima oírle decir tales sandeces.

Gracias a los cuidados de su hermana y a la diligencia y generosidad de su cuñado, que lo puso en manos de los mejores galenos locales, al final logró reestablecerse lo suficiente como para tomar el barco para La Martinica, camino a París.

En los dos meses que estuvo en Panamá, por lo demás, Paul no pintó un solo cuadro.

Tu Charles, que te recuerda y quiere”.

Germán, ni le confirmó ni le negó a su amigo si se trataba de Gauguin, quedando en que lo mantendría informado, luego de algunas averiguaciones.

Advirtiendo el valor del documento, Germán dirigió sus pesquisas hacia Madeleine Bernard, la mujer a quien estaba dirigida la carta y que, de acuerdo con los datos que fue reuniendo, Paul Gauguin conoció en Pont-Avon cuando en el año de 1886 viajó allí y con otros jóvenes artistas, incluido Charles Laval, intentaron ir más allá del impresionismo, al que consideraban todavía demasiado apegado a la tradición, dándole un significado cada vez mayor al color en sus pinturas.

Hermana del también pintor Emile Bernard, Madeleine tenía 17 años cuando Gauguin la conoció y se enamoró de ella. La muchacha aparece en varias de sus pinturas de mujeres bretonas de aquella época y en un hermoso retrato de 1888, en el que como luego será usual en su obra posterior tratándose de las mujeres, la presenta también como una intercesora entre los hombres y lo sagrado. Lo demoníaco, escriben algunos, aparece en su mirada provocadora y a la vez reservada.

Con todo, es de su discípulo Laval de quien ella se enamora. Gauguin tiene 38 años, y es apenas justo que sea así. El hecho en nada afecta la amistad entre ambos, aunque para Gauguin no fue fácil superarlo. Hasta aquí los datos sobre Madeleine, de quien se desconocen más detalles.

Dos días más tarde, asegurada la venta a un coleccionista extranjero, Germán le devuelve el paquete a Arosemena. Sin la carta. ■

Elkin Restrepo (Colombia)